

## **Pandillas y venganza: violencia en Guatemala**

Secuestros, torturas y asesinatos. Organismos internacionales y pobladores denuncian una campaña de limpieza social no declarada que busca frenar, ilegalmente, el avance de las maras, las agrupaciones juveniles originarias de Centroamérica y sumergidas en la delincuencia y el crimen

CIUDAD DE GUATEMALA.- Había 52 cuerpos nuevos en la morgue, 52 nuevas posibilidades para que Guadalupe Díaz encontrara a su hijo, Mario Toscano. "El no era ningún ángel", dice su madre. Toscano, de 20 años, conocido en el barrio como Chespy, era el líder de la violenta pandilla callejera Mara 18, y su madre tiene un gran temor de que pueda haber terminado muerto y no desaparecido. Toscano fue capturado a mediados de 2005 en un negocio céntrico por tres hombres armados. Díaz dijo también que, cuando los vecinos trataron de intervenir, los hombres sacaron sus armas, se identificaron como oficiales de policía y les advirtieron que se alejaran. Luego cargaron a Toscano en un automóvil sin identificación y se alejaron.

Desde entonces, su madre, que es empleada doméstica, se detiene en la morgue, camino a su trabajo, casi todos los lunes. "Verlos -dice, en referencia a la pila de cuerpos- da escalofríos."

Una vecina llamada Rosa Morales, de 71 años, afirmó que su nieto de 15 años, que no era miembro de la banda, fue secuestrado por el mismo tipo de grupo a fines de 2005. "Acá se dice que son los escuadrones de la muerte los que están haciendo desaparecer a la gente", cuenta Morales sollozando. "¿Quién les da derecho?"

Cerca de una década después del fin de la guerra civil que dejó 200.000 muertos o desaparecidos en este país de 14 millones de personas, una nueva ola de violencia muy parecida a la anterior ha golpeado a Guatemala, y algunos afirman que es peor. Las autoridades guatemaltecas dijeron que unas 4325 personas fueron asesinadas en los primeros 10 meses de 2005. Esa es una de las tasas de asesinatos más altas en América latina, y mucho mayor que el promedio anual de muertes durante el conflicto armado de la década pasada.

Aun en épocas de paz, los gobiernos de toda América Central han afirmado que la violencia sigue siendo la principal amenaza para la estabilidad. Aquí, como en los vecinos Honduras y El Salvador, la violencia tiene muchas de las características de la guerra fría: violaciones, torturas, secuestros y asesinatos. Y ahora, como lo hicieron en ese entonces, los investigadores de derechos humanos han manifestado preocupación acerca de una "campaña de limpieza social" clandestina.

### **En la calle**

Este último ciclo de violencia comenzó hace cinco años cuando las bandas callejeras, con raíces en Los Angeles, especialmente la Mara 18 y la Mara Salvatrucha, conocida como MS-13, comenzaron a extenderse por América Central y el sur de México, creando el mismo tipo de estragos en los barrios pobres de aquí como alguna vez lo hicieron en lugares como Compton y Watts.

Luego, el año pasado, hombres y jóvenes sospechados de ser miembros de bandas callejeras comenzaron a desaparecer de manera muy similar a la de los sospechados de ser guerrilleros durante la década de los años 80: apresados en calles pobladas o tomados por sorpresa en sus camas, y forzados a entrar a automóviles sin identificación con vidrios polarizados y sin patentes.

Casi ninguno de los secuestrados volvió vivo. Algunos ni siquiera aparecieron. Cuando se los encuentra, a menudo están descuartizados.

Grupos internacionales de derechos humanos, incluyendo a Amnesty International y Human Rights Watch, han expresado preocupación por el desproporcionado aumento del asesinato de mujeres. El Ombudsman de derechos humanos de Guatemala informó que desde 2002 hasta 2004 el asesinato de mujeres se había incrementado en casi un 57 por ciento, mientras que el de hombres en un 21 por ciento.

Adriana Beltrán, de la oficina en Washington para América latina, afirmó que las muertes se llevaban a cabo con inusual crueldad y que implicaban el tipo de violación y mutilaciones que las ejecutadas durante el conflicto armado en este país.

### **La gente de La Esperanza vive en el centro de la tormenta.**

"El 16 de junio encontraron una cabeza en un balde justo allí", dice Elubia Velázquez, señalando hacia un negocio de tortillas mientras camina por la calle principal de La Esperanza. "Las manos se encontraron cerca de un poste de luz donde usted me encontró esta mañana. Y más allá, por ese camino, debajo del puente, en Búcaro, encontraron el resto del cuerpo".

La señora Velázquez, nacida y criada en La Esperanza, dijo que el barrio fue aterrorizado alguna vez por la Mara 18. Agregó que los miembros de la pandilla pedían el así llamado "impuesto de guerra" a todos los comerciantes y colectiveros y que varias personas que se negaron a pagar fueron asesinadas. Los miembros de la banda, dijo, también violaron a varias jóvenes, robaron en infinidad de casas e impulsaron a los escolares a hacerse adictos a las drogas. Pero durante el año pasado, agregó, la mayoría de los miembros de la banda fueron muertos o desaparecieron.

El líder de la Mara 18 en Villalobos, conocido como "El Quince", fue atrapado hace un año. Su cuerpo fue encontrado al día siguiente con las manos y pies atados y con varios disparos en la cabeza, aseguró Velázquez. Un miembro de la banda conocido como Gaspar, según otros residentes del lugar, había sido estrangulado. Lo encontraron con una pesada piedra atada con alambre alrededor de su cuello.

En los casos de asesinatos de mujeres, por ejemplo, menos de 12 de los más de 1800 asesinatos perpetrados desde 2001 han sido resueltos, según la organización sin fines de lucro Centro para la Acción Legal en Derechos Humanos.

Los familiares de las víctimas, especialmente los de los muertos que eran miembros de bandas, afirmaron en varias entrevistas que creían que oficiales de policía y guardias de seguridad privada habían concretado la mayoría de los secuestros y asesinatos en una campaña de "limpieza social" secreta apoyada por el Estado y que estaba dirigida contra los jóvenes y los pobres.

El ministro del Interior Carlos Vielmann negó terminantemente esas acusaciones. Contrariamente a los gobiernos de Honduras y de El Salvador, que adoptaron leyes muy duras que determinan que pertenecer a una pandilla es un delito grave, el gobierno de Guatemala ha comenzado una guerra contra las pandillas menos agresiva, centrada en programas de recreación y rehabilitación.

Vielmann declaró que el gobierno también había dado pasos importantes para extirpar la corrupción de raíz dentro de las fuerzas policiales: castigó a docenas de oficiales responsables de abusos, se mejoraron los equipos y el entrenamiento, y se estableció una cooperación con EE.UU. al aprobar una unidad especial de control comunitario que logró disminuir en cierta medida la violencia en un barrio que tiene gran actividad pandillera, Villa Nueva.

Sin embargo, Vielmann reconoció que la corrupción seguía siendo desenfrenada entre los oficiales de la policía nacional civil. Y agregó que sospechaba que algunas de las estructuras de la seguridad civil secreta que se habían creado durante la guerra civil se habían convertido en instrumentos del crimen organizado.

El ministro del interior atribuyó gran parte de la violencia a peleas entre miembros de bandas rivales e incluyó en esa categoría a la violencia contra las mujeres que, según dijo, se habían involucrado cada vez más en las bandas callejeras y en el tráfico de drogas. Pero no rechazó la teoría de que algunos de los ataques hubieran sido cometidos por oficiales de policía deshonestos y ciudadanos vigilantes, muchos de ellos frustrados por la incapacidad del gobierno para hacer justicia.

"Yo no le garantizo que agentes de las fuerzas de seguridad del Estado o de fuerzas privadas no hayan cometido excesos en algún momento y hayan matado a alguien -dijo Vielmann-, pero puedo asegurarle que ésa no es una política de Estado."

### **Eliminar a las bandas**

En un barrio plagado de crímenes llamado El Mezquital, la gente dijo que algunas de las matanzas habían aportado alivio. Guadalupe del Carmen Alvarado, residente del lugar, afirmó que luego de que los miembros de la banda habían matado a una pareja de comerciantes y a colectiveros que se negaron a pagar impuestos de guerra, los otros comerciantes y colectiveros reunieron dinero para contratar hombres armados para eliminar a las pandillas.

"No nos gusta ver que pasen cosas malas pero, para ser sinceros, cuando comenzaron a matar a los pandilleros di gracias a Dios - dijo Alvarado-. Las bandas son como vivir con un león, y se sabe que, si no se lo mata, él nos comerá a nosotros."

Velázquez reconoció que "los pandilleros se hicieron de muchos enemigos" en El Mezquital. Pero también está preocupada porque jóvenes inocentes han caído víctimas de esta lucha. "Ahora no son sólo los miembros de bandas los que están desapareciendo -agregó-. Ahora se llevan a adolescentes que no tienen ni un simple tatuaje. Ser joven y pobre en barrios como éste se ha convertido en un crimen."

El 13 de octubre, tres adolescentes del barrio, que los pobladores del lugar aseguran no estaban involucrados con bandas, fueron capturados, mientras jugaban al fútbol frente a sus casas, por tres hombres que llevaban máscaras de esquiar. Al día siguiente se descubrieron los cuerpos de las víctimas, abandonados en una pequeña ruta a una hora de camino.

Las autoridades dijeron que los jóvenes parecían haber sido estrangulados. Encontraron a los tres atados de pies y manos. Sus familiares comentaron que los cuerpos tenían signos de torturas.

Entre ellos se hallaba el nieto de 15 años de Rosa Morales, José Arnoldo Arcis. "Se dice que un árbol que no es bueno debe ser derribado -reflexiona sollozando Morales-, pero sólo Dios tiene el derecho de terminar con un ser humano. Lo que está sucediendo acá es un pecado."

Por Ginger Thompson

Traducción: María Elena Rey

© LA NACION y The New York Times

### **El crimen como espacio de inclusión**

La socióloga mexicana Rossana Reguillo Cruz asegura que la marginación y la pobreza extrema son caldo de cultivo de las maras

Rossana Reguillo Cruz es categórica: "El narcotráfico ha encontrado en todo el proceso de deterioro económico y social de los últimos años una mina de oro, porque está reclutando a sus soldados entre la gente que ya no tiene nada que perder, y no hay nadie más fuerte que alguien que no tiene nada que perder".

Socióloga, profesora del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO (México) y autora, entre otros libros, de *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto* –en el que revela parte de sus trabajos de campo sobre las maras–, la investigadora mexicana apunta sobre el deterioro del Estado para explicar el fenómeno de expansión de las maras: "Cuando las instituciones se repliegan, otras instancias tienden a ocupar su lugar y los vínculos con el crimen organizado les han dado a estos jóvenes un lugar de pertenencia que no encuentran en la sociedad."

Reguillo se opone a las políticas de mano dura para frenar el avance de la violencia pandillera: "En México, el nuevo proyecto de contención de las maras se llama Acero, y en El Salvador, 'super mano dura'. Hubo una primera mano dura, y luego ésta. Y ya está legislado en el código que, por ejemplo, la reunión de dos o más muchachos ya es un delito y se los puede llevar a la cárcel por eso. Estamos en un momento en el que muchos de estos colectivos juveniles están profundamente resentidos y, al mismo tiempo, con una gran necesidad de membresía, de incluirse de alguna manera, y el crimen organizado les ha abierto un espacio que la escuela y otras instituciones del Estado ya no les ofrecen. Por eso –plantea– creo que es muy importante tratar de pensar con sinceridad cuál es la alternativa en términos de proyectos: si más policías, represión y control sobre ciertos sectores sociales, o más inversión en política social."

Crítica de las políticas neoliberales que dominaron el continente durante los años 90, Reguillo les adjudica buena parte de la responsabilidad por la nueva ola de violencia a las consecuencias de aquella experiencia económica. “Para entender el fenómeno de las maras, debemos entender los rostros que adopta el neoliberalismo predador. Si no nos formulamos esa pregunta no vamos a poder avanzar ni instrumentar ningún tipo de intervención adecuada. A medida que se fue profundizando la crisis, más del 70% de los jóvenes urbanos en El Salvador cayó en la pobreza extrema, y se fueron radicalizando las formas de actuación de las maras.”

Para Reguillo es imprescindible diferenciar entre la delincuencia y la violencia reales, por un lado, y por el otro, lo que implica la exacerbación del gran mito de la mara, que es lo que ella cree que está sucediendo hoy, cuando las maras, sostiene, encarnan el enemigo perfecto. “Un enemigo – dice– exacerbado tanto desde los Estados Unidos – que las ha declarado un problema de seguridad nacional– como satanizado por los medios, que se han dedicado a estigmatizar sistemáticamente a los jóvenes marginales mostrando siempre la violencia y ocultando el estado de marginación y la ausencia de horizontes con la que conviven.

Reguillo señala que antes la meca de muchos de estos jóvenes marginales eran los Estados Unidos, pero que “el gran mito del american dream está absolutamente desbordado, y esa fantasía ya está agotada entre los jóvenes. Ya no se puede hablar de emigrantes o de inmigrantes. Hoy, en América latina se habla de migrantes, es decir, aquellos que hacen de la migración una condición estable de vida. Ellos no quieren ir a los Estados Unidos a triunfar, a obtener su ciudadanía. Quieren ir por un rato a ganar unos cuantos dólares y regresar, y mueren en esa lógica”. Y eso es también lo que los vuelve fuertes –explica–, porque no tienen interés en ser ciudadanos y, por lo tanto, tienen menos para perder.

Link corto: <http://www.lanacion.com.ar/787903>